

# Personal y político

Se publica el último volumen del diario del novelista y ensayista José María Souvirón

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN



Cincuenta años después de la muerte de su autor, el poeta, novelista y ensayista José María Souvirón (1904-1973), se publica el tomo quinto y último del diario que había ido escribiendo a partir de 1955 y que dejó inédito. Emigrado, no exiliado, a Chile por motivos personales, en ese año regresa a España y se incorpora a la élite cultural del franquismo. Por edad, y por fecha de publicación del primer libro, pertenece a la generación del 27, pero sus simpatías y diferencias le asimilan más bien a la generación siguiente, la de Rosales y Panero, dos de sus grandes amigos. Ese asunto, que parece menor, del de su adscripción a una u otra generación, no dejó de preocuparle en vida porque muy pronto comprobó que la atención crítica no era la misma para ambas y que la rutina de los manuales favorecía a los poetas del 27 frente a los que vinieron después.

Desde el 69 hasta el 73 abarca esta última entrega del diario, en la que se entremezcla, como en los tomos anteriores, y como quizás en todos los diarios que merece la pena leer, lo público y lo privado. Son los años finales del régimen y los del surgimiento de una nueva generación poética, la de los novísimos, que parece querer arrumbar de golpe a la poesía anterior. Para Souvirón, los últimos poemas jóvenes son Claudio Rodríguez y Francisco Brines, «no reemplazados hasta el momento —escribe en noviembre de 1969—,

ni por Gimferrer, ni por Carnero, ni por nadie». A Brines alude con elogio repetidas veces, disculpándose incluso —Sovirón es visceralmente homófobo— su orientación sexual, menos secreta de lo que el propio poeta creía: «Brines, sobre todo, es persona de una sensibilidad muy fina y de una actitud entre triste y bondadosa, que le hace muy estimable. Así lo voy notando, lo que me deja caer en olvido —por qué no?— esa condición suya de homosexual, que en él, al contrario que en Bousono, inspira cierta compasiva ternura».

Cuando escribe este tomo del diario, Souvirón ya es un hombre en buena medida fuera de su tiempo. Si resultan muy atinadas sus observaciones cuando habla de otras épocas o de otras literaturas, no ocurre lo mismo con la que entonces está surgiendo. Refiriéndose a Leopoldo María Panero, el tercer poeta de la familia, afirma que le parece mucho más poeta su hermano Juan Luis, aunque brilla menos por no pertenecer al grupo 'veneciano', al que considera «una pandilla de posibles degenerados, ellos y sus coetáneos prosistas, en su mayoría catalanes». Y a continuación nos deja un apunte costumbrista a lo Can-sinos Assens: «For aquí anduve estos días Ana María Moix, jóvencita que ha traído locos a varios de estos jóvencitos (entre ellos, Leopoldo María que quiso matarse por causa de ella), pero que, al parecer, no está interesada por los varones. En Madrid ha producido un revuelo de viejas tortillerías, y ha desorbitado (si en orbita andaba) a Félix Grande, sin mayor éxito. Su hermano, Terenci Moix, tiene ese nombre desde hace



José María Souvirón. E. C.

poco. Se lo puso por su admiración al actor inglés Terence Stamp, titiéndose el pelo del color que lo tiene Stamp en las películas. El jefe de línea —mejor poeta de todos ellos—, Pedro Gimferrer, se ha dejado una melena a lo Andrés Révész —anciano húngaro redactor de ABC—, creyendo que con eso está al día... Bueno, ¿es que vamos hacia el androgino? Se me ocurre que, por ese camino, va

mos hacia el miedogómino».

Católico practicante, de misa diaria, Souvirón se muestra en desacuerdo con los nuevos rumbos de la Iglesia. Ante algunas declaraciones de Pablo VI, se muestra decepcionado y enfadado. No le gusta que haya aludido a la necesidad de promover la justicia social en España: «No digo que aún no sea posible hacer mucha justicia social en España, lo que si digo es que no es tan terrible ni tan clamante al cielo la situación española en ese aspecto, y que me parece que peor está en el sur de Italia, en el Mezzogiorno, al que no se ha nombrado». Y se aventura a dar una razón de tal presunto traspiés del papa: su amistad con Joaquinito Ruiz-Jiménez, quien, viendo que aquí no le hacen caso (no se lo hace ni la vejez ni la juventud), acaso se dedique, con un pecado muy español, a conseguir que se lo hagan en Roma».

En la anotación del 24 de julio de 1969, cuando la proclamación

del príncipe Juan Carlos como sucesor de Franco, deja constancia de la sorpresa que supuso, por increíble que hoy nos parezca: «Lo siento, sobre todo, por el pobre Luis Rosales, que debe estar frenético a estas horas. Por lo demás, no comprendo —ahora que lo he visto hecho— cómo podía haberse esperado que no se diera este salto dinástico». Franco con ello habría demostrado una vez más «su perspicacia y su fabulosa tranquilidad».

Amigo de sus amigos, casi todos escritores, Souvirón muestra sin embargo un cierto desapego por la literatura española de su tiempo, no solo por la que escriben los jóvenes: «Cómo no voy a preferir, por mucho esfuerzo patriótico que empeñe, leer una novela de Cela o unos poemas de Aleixandre —para citar lo mejorcito— a un libro cualquiera de Green, de Camus, de Bernanos y aun de Sartre».

Admira el diario de Julien Green, a pesar de que su actitud ante la vida sea tan distinta y lleva a sugerir, quizá ironicamente, peculiares razones por las que sus anotaciones ofrecerían menor interés: «Yo no padezco esas turbaciones que él expone con una claridad extraordinaria. Quizá esto le quite mucho atractivo a este diario. Pero ¿cómo podría inventar yo lo que no siento ni creo haber sentido nunca? Estaría bueno que me atribuyese tendencias homosexuales por vagas que fueran, sin haberlas notado en mí. O que confase masturbaciones que no practico. ¿Una lástima para el interés de la obra? Acaso, pero no puedo hacer otra cosa».

Personal y político, en algunos casos simple desahogo y en otros lúcida confesión, a ratos anotaciones a vuelta pluma y en no infrecuentes ocasiones próximo al poema en prosa, irritante a veces, el diario de Souvirón —inédito en vida, aunque él alguna vez pensó en publicarlo— puede considerarse desde ya mismo como una de las obras fundamentales de la literatura autobiográfica del siglo XX.

## País de esclavos y amos

VERÓNICA GARCÍA-Peña

Hay muchas formas de aprender y acercarse a la Historia. Muchas maneras de conocer cómo fue un lugar y qué ocurrió para que así fuera y para qué después dejara de serlo. 'Jóvenes héroes de la Unión Soviética', de Alex Halberstadt, es una buena forma de hacerlo. No es un libro de Historia como tal. Tampoco un ensayo político o espiritual y filosófico sobre la Unión Soviética. No es una novela. Es, simplemente, una vida. La vida del autor, de Halberstadt, y de sus familiares, amigos y conocidos. La vida, también, de un

país. Su desarrollo, estancamiento y derrumbe, aunque esta parte queda más en el aire.

Las memorias de alguien que busca sus orígenes, esos que marcan incluso cuando se niegan o se intentan olvidar, a través de una excelsa imagen de la desparecida Unión Soviética. Descripciones y retratos complejos de hechos verdaderos, formas de gobernar, sentir, amar, pensar y hasta de soñar que, en muchos casos, me han resultado orwellianas. ¿Cuánto control puede llegar a soportar un ser humano? ¿Y cuántas mentiras es capaz de decirse a sí mismo y a los

otros? ¿Y cuánto amor hace falta para no caer y abandonar?

En otras partes del relato, lo que he sentido y aprendido es la existencia durante años —hoy todavía pervive— de una imaginada evocación colectiva, alimenta-



JÓVENES HÉROES DE LA UNIÓN SOVIÉTICA  
ALEX HALBERSTADT  
Impedimenta. 23,95 euros.  
352 páginas.

tada por las palabras grandiosas de los distintos dirigentes que durante innumerables primaveras se han autoproclamado padres de la patria, de un Shangri-La que nunca fue tal. Es curiosa esta nostalgia. Esa sensación de algo que fue mejor, aun cuando no lo llegó a ser porque el ser humano tiene la capacidad de convertir ideas y pensamientos, beneficiosos en origen, en auténticas pesadillas.

Sentir que eres de un lugar y a la vez que no lo eres. Un apátrida de un país en constante desintegración que nace y muere a fuerza de querer ser lo que sonó ser. Una Madre Rusia que en sobradas ocasiones devora a sus hijos y/o los obliga a un exodo interminable en —como el propio autor recuerda casi al final del

texto a través de los versos de Mijaíl Lermontov, también llamado el poeta del Cáucaso— «un país de esclavos, un país de amos».

Por cierto, el título del libro

hace referencia a un manual que los niños soviéticos estudiaban —el protagonista lo leyó con seis o siete años— y que trataba sobre la epopeya rusa de sus juventudes, que más bien podía haber sido un libro de los santos mártires por la cantidad de torturas y muertes violentas que en él aparecen. Los niños protagonistas, los héroes, mueren fusilados, envenenados, inmolados o abandonados en la nieve.

Lo he dicho más veces. Hay libros que son como un viaje. Un viaje real. Uno se monta en sus páginas y recorre palmariamente cada una de ellas.